

Carlos Murciano:

Las sombras en la poesía de Federico García Lorca

Carlos Murciano, 1931. Poeta español, de los más renombrados de la escritura castellana contemporánea. Autor de cuando menos ochenta libros galardonados en su país y fuera de él con significativos premios.

En octubre pasado, el notable vate estuvo en Bolivia, invitado por la Dirección General de Cultura y Patrimonio del Municipio de Santa Cruz y por el VIII Festival Internacional de la Cultura, en Sucre, y cumplió inusitada actividad luciendo su enorme sapiencia poética.

En la ciudad de Sucre, en el marco del Festival y el auspicio de la prestigiosa Fundación Cultural «LA PLATA», el poeta español dictó su memorable conferencia titulada: *Las Sombras en la poesía de Federico García Lorca*, donde trasunta con galanura y acabado conocimiento un aspecto emblemático de la poesía del granadino García Lorca.

El Duende, primordialmente, tiene el privilegio de publicar el contenido de la conferencia. Su entrega al lector se hará en 5 partes.

Luis Urquieta M.



Federico García Lorca

(TERCERA DE 5 PARTES)

No podía faltar la atrevida metáfora: **"El grito deja en el viento / una sombra de ciprés"**. Apuntemos también aquella otra, hermosa, que recuerda el "Yo y mi sombra", ángulo recto, de Altolaguirre:

**"(¡Oh fauce maravillosa
la del ciprés y su sombra!
Angulo de luna llena.
Angulo de luna sola)"**.

En el poema "Encima", las sombras del árbol y del poeta se funden en un extraño deseo:

**"Bajo tu casta sombra, encina vieja,
quiero sondar la fuente de mi vida
y sacar de los fuegos de mi sombra
las esmeraldas líricas"**.

Y llegamos a una de las canciones más interesantes de su obra: la "del naranjo seco"; y lo es por su concatenación con otra faceta del tema, íntimamente unida al mismo: El reflejo.

**"Leñador.
Córtame la sombra.
Líbrame del suplicio
del verme sin toronjas"**.

El verso siguiente es "¿Por qué nací entre espejos?". Como en el poema "Suicidio", sombra y reflejo únense en una idea de muerte:

**"Vio su sombra tendida y quieta
en el blanco diván de seda."**

**Y el joven rígido, geométrico,
con un hacha rompió el espejo."**

**Al romperlo, un gran chorro de sombra
inundó la quimérica alcoba"**.

La imagen no es extraña. Ciertamente cuando la Alicia de Carroll atraviesa el espejo, sin daño, ya que el cristal se le disuelve entre las manos "como si fuera una bruma plateada y brillante", el cuarto en el que aterriza, tras

su salto, es luminoso, y en su chimenea arde, vivísimo, el fuego. Pero no sucede igual en la película de Jean Cocteau, *La sangre del poeta*: éste entra en el espejo alentado por La Estatua: "El poeta tiene medio cuerpo y su reflejo en el cristal. El poeta se hunde en el cristal. El interior del espejo. Oscuridad". No hay, pues, como en el caso de Alicia, dificultad alguna: pero la luz ha desaparecido. En cambio, el "Lord Patchogue" de Jacques Rigaud, que busca en el espejo no morir, se lanza a lo que desconoce con la frente adelantada: "Estrépito. Un estallido del cristal. Lord Patchogue está en pie frente a un nuevo espejo, frente a Lord Patchogue". Porque ha ingresado en un reino donde los espejos se multiplican: un reino fantasmal, sombrío. Como el de Cocteau y su poeta. Como el de Ariko, la protagonista del cuento de Eiko Kadono, "El espejo", quien, cuando lo atraviesa, se encuentra con que "lo único que veía era una negrura de tinta. Una oscuridad total". Por tanto, ese gran chorro de sombra que inunda la alcoba del joven suicida de Lorca, es un hallazgo de su prodigiosa intuición, o el nuevo eslabón de una cadena ligada a su saber.

En su ensayo "Eco de Narciso", Guillermo Díaz-Plaja escribía que "en la alcoba de todos los suicidas hay un espejo que los jueces se olvidan siempre de inventarlar y que es el que tiene la culpa de todo". Recordemos cómo Jean Cocteau, en Orfeo, hace que la muerte entre en escena atravesando un espejo; recordemos también la figura dolorida de ese Narciso de Max Aub, que intenta suicidarse disparando contra un espejo.

Estela de Narciso

Y he pronunciado la palabra clave: Narciso. Narciso, espejo, sombra y muerte: he aquí cuatro conceptos perfectamente enlazados. Es tentador adentrarse en el mito tradicional del dios-flor. Narciso, en la versión de Ovidio, fuente ineludible en este caso, es el hijo de Liriope y Céfiro, ninfa y río, carne hecha agua y agua hecha carne. (En la fábula calderoniana Eco y Narciso, es Céfiro, hijo del viento, y no Céfiro, el raptor de Liriope). Esta consulta a Tiresias, el más grande adivino de entonces, sobre el porvenir de Narciso: Tiresias pronostica que éste vivirá mientras no se vea a sí mismo.

Narciso crece. Coinciden los autores en dotarle de afición a la caza. Y una tarde, fatigado de perseguir a un ciervo herido que "va dejando coral la esmeralda del bosque", llega a "una límpida fuente, cuyas ondas jamás habían turbado pastores ni ganados" (Ovidio). Al inclinarse a beber, Narciso ve su propia imagen reflejada en el agua y se enamora de su gran belleza, creyendo que se trata de la deidad de la fuente. Puro reflejo, hijo del río -¿será ésta la causa de que el agua le obsesione?, Narciso renace sombra y de ahí en adelante vivirá sombra.

Porque, inmóvil ante el agua, llega a la negación de sí: "Yo no soy", pronuncia; Narciso es ya su doble, vive su otra vida. "Ahora está dentro del espejo y su Doble fuera, frente a él". Se ha hecho su propia sombra, eco de su propio cuerpo. Garcilaso exclamaría: "Allá dentro en lo fondo está un mancebo/ de laurel coronado"; y aquí arriba, dentro del aire frío y cálido, su reflejo. En vano trata Liriope de desengañarle: "Lo que juzgas deidad es sombra tuya"; y antes que ella, en la comedia calderoniana, lo había intentado Eco, su enamorada desdeñada. Pero es inútil. Narciso se consume sobre el césped undoso, sobre la húmeda orilla. Y muere. La tierra se abre y surge una flor levísima que Céfiro se apresura a balancear con mimo. Escribe Juan de Arguijo: "y ahora en flor purpúrea convertido/ la agua, que fue principio de su muerte, / hace que crezca, y prueba a darle vida".

Pero Narciso ya no es; ha muerto sombra, amando su sombra. De él no quedan más que unos pétalos y un tallo delgado y cimbreante. Y un mito imperecedero y siempre presto a la discusión y al comentario.

(Continuará)

